



## LA GUERRA ACTUAL

---

APRECIACIONES DE UN AMERICANO DEL SUR.—ENTREVISTA  
CON EL GENERAL D. LUCIO V. MANSILLA.

Varias veces se ha hablado en estos últimos tiempos de la actitud que tomarían las diversas repúblicas de la América del Sur ante el conflicto hispano-americano. Para tener noticias acerca de punto tan interesante hemos visitado en su habitación del hotel de la Gran Bretaña al general Mansilla, tan conocido por sus estudios psicológicos é históricos como por sus trabajos de sociología, que prepara ínterin ha menester los servicios de su espada la República Argentina.

Francamente, sin circunloquios, dimos comienzo á la conversación.

—¿Á quién se inclina usted, mi general, á España ó á los Estados Unidos?

—Mis simpatías están con España y pronto pienso demostrárselo á esta nación.

Hace tiempo que opinaba se llegaría á la guerra, porque ésta era consecuencia inevitable de los intentos de extensión y de la política absorbente de los Estados Unidos del Norte.

En el momento en que me persuadí de que estallaría la guerra hallábame en Niza; inmediatamente, por intermedio del

Sr. Arzubialde, secretario particular del embajador de España en París, comunicó á este último mi simpatía por la nación que representa y ofrecí mis servicios.

Desgraciadamente los que puedo prestar á España, como soldado de la República Argentina, son más bien de orden moral. Si el Congreso argentino no me autoriza á disponer de mi espada, me liga los brazos. Si no autoriza á los que se agruparían á mi alrededor, no podremos hacer más que una platónica manifestación de afecto. Á pesar de todo, lo repito, considero un deber social producir en mi patria una corriente de opinión favorable á los españoles.

Mi nombre, sobrino como soy del famoso tirano Rozas, cuya agitada vida he escrito, es suficientemente conocido en la República Argentina para que me sea dado determinar esa corriente. En mi país, como en todas partes, el que un jefe se pase al campo español puede arrastrar á una muchedumbre.

Todos los periódicos españoles han hablado de mi simpatía por su nación, cosa que no he ocultado, porque es leal y efecto de maduro examen y me la inspira el detenido estudio que he hecho de los dos pueblos beligerantes.

Pienso embarcar para Buenos Aires el 28 de Mayo; no puedo decir á usted exactamente lo que haré. ¡Si necesitare dar mi sangre, con gusto la daría! No me queda en este mundo más que mi madre, y hé aquí, por orden de simpatía, los cuatro pueblos á quienes más quiero: primeramente, la República Argentina, después Francia, pues opino con el poeta que dijo: «Todos los hombres tienen dos patrias, la suya y luego Francia». Finalmente, España é Italia.

Es seguro que mi Gobierno, como los de las repúblicas vecinas, no querrá comprometerse oficialmente en favor de España. No podría hacerlo aunque se lo propusiera, porque llaman su atención otros asuntos. Y, sin embargo, esta guerra es el primer paso que dan los Estados Unidos en su marcha invasora, que un día ú otro les llevará á dominar nuestra América del Sur y á encadenarnos á ellos.

¿Por qué quieren los norteamericanos apoderarse de Cuba? La contestación es muy sencilla. Lo que hicieron los ingleses con Egipto después de la apertura del istmo de Suez, desean

hacerlo los americanos con el golfo de Méjico antes de que se abra el canal de Panamá ó de Nicaragua, y se abrirá antes de lo que muchos creen. La posición de Cuba respecto á este canal futuro les servirá de llave para hacerse dueños del tránsito.

Lo toman con sobrada anticipación, pero éste es, á no dudarlo, el objetivo lejano de sus tentativas presentes. Muy curioso es para un observador el estudio de la vida y del desenvolvimiento fantástico del pueblo norteamericano.

Ese pueblo, que en sus comienzos no ambicionaba más que enriquecerse, ser comercial é industrial, ha caído poco á poco en el engranaje de la política internacional. Advirtió que necesitaba una escuadra para, por ejemplo, reclamar con probabilidades de buen éxito su parte de botín en la inminente desmembración de China. El fin de esta primera guerra es, en el fondo, obligar á la opinión á que ella misma pida que se cree una escuadra imponente.

Favorable ó no el término de la guerra, ya han conseguido su objetivo moral: crear y sostener una escuadra formidable, que influya en el concierto europeo. Lo desean también los americanos pensadores que comprenden el alcance de la cuestión social, importada de Europa en América, y que entienden que el acertado empleo de una marina de guerra distraerá la opinión pública preservándola del nefasto influjo de las pasiones sociales.

La guerra de hoy no es más que un ensayo de marcha en el camino de conquistas, y pronto le seguirán otros que inquietaran á la vieja Europa. Entonces, por desgracia, ya será demasiado tarde.

Al Norte el Canadá, al Sur Méjico, serán anexionados á la vasta confederación, cuyas entrañas desgarrará una nueva guerra de secesión.

Efectivamente, buena para los pocos millones de individuos que antes poblaban los limitados territorios de la confederación, la Constitución resulta defectuosa para la magnitud actual del territorio y la diversidad de razas que lo pueblan. Habrá de modificarse en breve la Constitución de la América del Norte, ó de lo contrario no tardarán en verificar-

se desprendimientos, cosa que muy bien pudiera ser consecuencia de la guerra actual.

—Entonces, mi general, ¿qué opina usted de la neutralidad en que parecen querer encerrarse las potencias europeas?...

—Que es un fracaso moral para Europa. Me choca que ésta no haya comprendido que semejante actitud iba á favorecer la constitución de una nueva potencia militar y, sobre todo marítima, esencialmente molesta, que se apresurará, en cuanto se haya constituido, á dar una nota, discordante seguramente, en el famoso concierto europeo.

Sí, la América del Norte es invasora y molesta; se apasiona por una idea y no reflexiona hasta que se halla tan comprometida que no puede retroceder.

Sueña hace tiempo con extender la confederación de los Estados Unidos. Recuerde, á este propósito, haber oído, cuando aún no era yo más que capitán, á un individuo del Congreso de Washington que en una proclama patriótica llegó hasta incluir la Patagonia entre los Estados de la Unión. Y esto no era más que resultado de una idea fija, que los agiotistas del Norte, que sirven de vanguardia á las fuerzas militares de lo porvenir, han puesto en práctica chupando hasta la medula á las desgraciadas naciones de la América del Sur. Los ferrocarriles y el telégrafo, poderosos elementos de la vida moderna, suyos son y no tardará en pertenecerles también el suelo.

La doctrina de Monroe, que tanto vocean los norteamericanos, y en la cual se apoyan actualmente para salir á campaña, no es más que una doctrina de conveniencia, que presentan según les acomoda.

¡América para los americanos! dice en sustancia esa doctrina. Pero ¿para qué americanos?

Á esta pregunta no se puede dar más que una sola respuesta: para los más fuertes.

Hay, en efecto, en el Nuevo Mundo dos razas principales de origen esencialmente distinto y entre las cuales siempre se ha manifestado el antagonismo, ya latente, ya de modo franco: una anglosajona y otra española, que no por llamarse ambas americanas son menos enemigas.

Las dos han colonizado terrenos inmensos de diferente manera: el sajón matando al indígena, el español uniéndose á él.

Ahora que apenas existen pieles rojas que devorar, la intrigante minoría sajona, que dispone á su antojo de irlandeses, alemanes y franceses emigrados, se prepara á comerse al americano del Sur.

Sus primeras víctimas serán los cubanos; ya he explicado á usted el motivo. Méjico caerá en sus garras después de Cuba y cuando haya muerto su actual presidente, Porfirio Díaz. Es una presa asegurada, pero antes ha querido la previsora confederación de los Estados Unidos asegurarse el dominio absoluto del paso europeo de un océano á otro por el canal, que ahora se toma á risa tal vez, pero cuya apertura no ofrece duda para Mac Kinley ni para mí.

¿De qué arte se han valido los anglosajones para preparar á los cubanos la mejor salsa posible?

Muy sencillamente: han insurreccionado la isla, han hecho que se deprecie hasta lo inverosímil la propiedad territorial y varios especuladores se han encargado de adquirir vastos territorios.

No contentos con esta manera de entrar en materia, han prestado considerables sumas á los insurrectos, aparentando que lo hacían para ayudarles á conquistar su independencia.

En el momento del ajuste definitivo de cuentas los insurrectos no podrán devolver á los sajones las cantidades que les prestaron y éstos dirán: «Bueno, seréis nuestros deudores, y en el entretanto nosotros os gobernaremos».

Con esta táctica, propia de la raza anglosajona, cayó Egipto en las garras de Inglaterra, y hará que caiga Cuba en las de los Estados Unidos.

La comunidad de táctica entre Inglaterra y la América del Norte basta para explicar las pruebas de simpatía que se cruzan entre ambas naciones en estos momentos? ¡No! Y preguntando yo sobre el particular á un inglés, me contestó pretextando la afinidad de raza, de idioma, etc.

—Pero entonces—argüí—Irlanda está más ligada con el Nuevo Mundo, que ha poblado en mucha mayor escala que us-

tedes. ¿Y qué opinarían ustedes si los Estados Unidos alentasen una insurrección de Irlanda contra Inglaterra?

Y el inglés balbució que la cosa no era probable.

No quería, en efecto, reconocer con franqueza que Inglaterra, incapaz de simpatía hacia otra nación del mismo origen é idioma que ella, tomaba esa actitud fundándose en que «á río revuelto, ganancia de pescadores», conducta que tan buen resultado le viene dando.

Pero Inglaterra no es infalible; muy bien pudiera equivocarse ahora.

—¿Qué giro opina usted, mi general, que tendrá la guerra?

—Me parece que será larga, y no cabe duda que marítima.

Los norteamericanos no pueden realizar un desembarco importante en Cuba hasta que se hayan hecho dueños del mar. España es más fuerte que lo que se presume; tiene la ventaja de formar una nación, dividida acaso políticamente hablando, pero bien agrupada para combatir con un enemigo lo más heterogéneo, con un enemigo de raza, es decir, natural, y además esencialmente antipático.

La superioridad marítima del adversario no es tal que se la deba considerar como aplastante; se luchará, por lo tanto, y mientras haya lucha el campo queda abierto al azar.

Providencia, acaso, genio, sea cualquiera el nombre que se le dé á esa cosa inmaterial, impalpable y real, sin embargo, de que depende la suerte de una campaña, hay que reconocer que en los casos de guerra marítima es más incierta la ley según la cual procede esa fuerza reguladora, porque el campo es naturalmente más vasto, la lucha con los elementos complica la táctica; por consiguiente, el azar ofrece mayores contingencias.

La puntería de un cabo de cañón influye mucho en la dirección del proyectil que se lanza, pero puede decirse que á la casualidad, no más que á la casualidad se debe la mayor ó menor eficacia de aquél. Un solo proyectil que penetre en el polvorín de un barco lo hace saltar, mientras que un centenar igualmente bien dirigidos pueden dar en un buque y no causarle sino insignificantes averías.

Me dirá usted que al genio del hombre es dado influir en esa casualidad afortunada. Ciertamente influye, pero el genio

no ha existido nunca en el mundo sin que le acompañe el acaso. Si no hubieran alcanzado completo éxito en los campos de Italia los primeros planes de Bonaparte, quizás se hubiese adormecido el genio del primer guerrero de la época moderna y Napoleón no habría existido.

La característica del genio es la confianza en sí. Napoleón la tenía absoluta; en todos sus actos previó la victoria, y únicamente en Waterloo, cuando ésta le abandonó brusca y casi brutalmente. Napoleón se dijo: ahora ha concluido mi carrera; ya no tengo suerte.

Perdone me usted esta digresión militar, la relaciono con la guerra hispano-americana por la consideración que sigue: el temperamento español es mucho más apto para impedir el paso a un genio que hubiera de manifestarse en los primeros encuentros que el temperamento americano.

Dadas la dispersión de las escuadras enemigas por los diferentes mares del globo y las relativas dificultades de comunicación y de concentración, hay que prepararse á recibir sorpresas recíprocas. Ocurrirá que en un punto del Océano una pequeña escuadra española ataque á fuerzas americanas muy superiores y que triunfe, mientras que en otro punto, buques de guerra americanos sorprendan y capturen algún crucero español. En resumen, un día aparecerá la ventaja de un lado, otro día del otro, y así durante muchas semanas.

Si los españoles tuviesen la superioridad numérica en barcos de guerra, es probable que las cosas se arreglarían pronto; desgraciadamente no la tienen, y por lo tanto, no podrán conseguir más que victorias parciales, ocasionar á los Estados Unidos pérdidas de detalle que no serán decisivas. Estos últimos tienen en su favor los dollars y el crédito, con lo cual curarán pronta y fácilmente sus heridas, mientras que los españoles unen el valor y la fiereza, inherentes á su raza, con la pobreza.

Como el dinero, según la ineludible ley humana, ha sido siempre el nervio de la guerra, á la larga los norteamericanos acabarán por vencer.

Examinemos algo las consecuencias de esta victoria, de la que parece no cuidarse Europa, encerrada en una neutralidad

estúpida. Ya se las he indicado á usted en el curso de nuestra conversación; las agruparé reuniéndolas.

Cuba es para el golfo de Méjico lo que Gibraltar para el Mediterráneo. Á causa de la posesión de esa isla, los Estados Unidos serían los dueños de la navegación en el mar de las Antillas y del paso en el futuro canal interoceánico. Para continuar sus triunfos marítimos, á los que tomarían afición, para aumentarlos más aún, y sobre todo para conservar las nuevas adquisiciones, ínterin las acrecen, se decretará la construcción de una escuadra formidable, la impondrá la opinión pública americana y la realizará el Gobierno de Washington. Tal escuadra será la enemiga de la de Inglaterra, no obstante la comunidad de raza; beberá en la misma copa que la de Inglaterra y acaso algún día la sobrepuje, adormeciéndola con ofertas ilusorias. Será la enemiga encarnizada de todas las escuadras europeas, en las que verá otros tantos rivales. Merced á esa escuadra caerá todavía más que ahora sobre la América del Sur el peso del dominio que no cesa de ejercer la América del Norte.

Para concluir, la actitud de Europa hace el juego al americano del porvenir, esto es, al americano del Norte, el cual querrá inmiscuirse en todo.

En una palabra, la victoria de los Estados Unidos constituirá un peligro real para Europa. Y yo, ciudadano de la República Argentina, diré más: será un gran peligro para la América del Sur.

S.

París, 3 de Mayo.

